

## Don y misterio: la vocación según Juan Pablo II

Calibán, mayo 2003

Don y misterio. Así tituló Juan Pablo II aquellos apuntes que festejaban sus bodas de oro sacerdotales, con los que nos regalaba su experiencia personal sobre el encuentro con Cristo, resuelto a despertarnos el deseo de salir a buscar al único que da a la vida un sentido de eternidad. La vocación sacerdotal del Papa no es sólo la consecuencia de la educación católica que recibió en un ambiente de país cristiano. Si me apuran, Karol Wojtyła había nacido para el teatro, para la poesía, para la universidad..., y no para el sacerdocio. Sin ese encuentro personal con Jesús, disfrutaríamos de sus publicaciones caladas de un hondo saber y una finísima sensibilidad, e incluso su nombre podría estar inscrito entre los grandes renovadores de la escena. Sin aquel encuentro, el joven Wojtyła hubiera formado una familia, e incluso habría participado en la primera línea de la oposición intelectual al sistema comunista; quién sabe. Sin embargo, Jesús le llamó y él permitió que se colara en su historia. El joven Lolek -así le llamaban sus amigos de infancia- hizo sitio al hacedor del mundo, venciendo todos los miedos y excusas.

Dios habla a través del dolor

La vida, hasta entonces, no le había resultado fácil. A ojos de una persona descreída, tenía razones suficientes para haberse desentendido de Dios. A los de un creyente, la perspectiva de su ancianidad nos ayuda a entender la acción del Espíritu Santo que, a golpe de cincel, estaba trazando las líneas maestras de un corazón que años después deslumbraría al mundo.

De niño, cuando más necesitaba los cuidados de su madre, se queda huérfano. Aquel vacío no lo llenó el tiempo, a juzgar por sus poemas en los que todavía llora a la madre ausente. Cuando el dolor de la separación parece estabilizarse, fallece su único hermano, Edmund. Karol tenía doce años. ¿Cuántas preguntas sin respuesta pasarían por su cabeza en las frías noches de Wadowice? ¿Acaso no se cuestionaría la bondad de Dios, tan nombrada en boca de su padre o del párroco del pueblo? Le estremecían las lágrimas contenidas del "Capitán" Wojtyła, y también su fe inquebrantable.

Ya adolescente se trasladó, junto a su padre, a un sótano de Cracovia, ciudad en la que comienza su carrera universitaria y donde Jesús le saldrá al encuentro. Pero se abalanza un nuevo dolor: el ejército alemán invade Polonia; comienza el holocausto. Juan Pablo II perdió a muchos amigos judíos en los campos de exterminio, de los que recuerda el olor acre de los cuerpos abrasados. A pesar de que los nazis han clausurado la universidad, prosigue sus estudios a escondidas. Su padre está enfermo y sólo se pueden alimentar con patatas. Para no ser deportado, encuentra un empleo como obrero y es testigo de los métodos de la Gestapo, que detiene y hace desaparecer a muchos de sus profesores y a los sacerdotes de las iglesias que frecuenta. Su padre muere mientras él trabaja en la fábrica: ni siquiera Dios le permite el consuelo de acompañarle durante los últimos momentos. ¿No tenía suficientes razones para abandonar la fe? Es cierto, pero Karol, que soporta bajo un viejo abrigo inviernos de treinta grados bajo cero, comienza a rezar con más intensidad.

Siempre vuelve el sol

Recuerdo cómo nos saludó el Papa tras aquella segunda noche en el Monte del Gozo, donde se celebraba la Jornada Mundial de la Juventud. A pesar de que estábamos en agosto, había apretado el frío y la humedad nos calaba los huesos. Las primeras palabras del Papa, antes de comenzar la Misa, fueron de ánimo: "Dios es el sol que nos ilumina y calienta. Después de la noche, siempre vuelve el sol". Durante la Segunda Guerra Mundial, en la Polonia ocupada, cuando lo había perdido todo en medio de aquella cruel oscuridad, Karol no dudó que Jesús quería colarse en su vida, y se dispuso a hacerle sitio, convencido de que le traería luz y

calor.

El Papa descubrió que Jesús habla de tú a tú, que nos conoce y nos quiere con un amor capaz de vencer los límites de la muerte. Tal vez por eso soportó la clandestinidad del seminario, consciente de que se estaba jugando un billete de ida a cualquiera de los campos de exterminio diseminados por Polonia. La complicidad con Cristo le llevó a sembrar las calles repletas de muerte con oración y esperanza. El nazismo era una gran mentira. También lo sería el comunismo, pero ni uno ni otro sistema podrían acallar la Verdad del resucitado. Fue consciente de que la llamada a una entrega total en el sacerdocio era un don, un regalo muy especial y del todo inmerecido con el que podría llevar la paz de Dios a los hombres y mujeres que ahora soportaban una nueva invasión: la del ejército soviético, que sumió Polonia en una larga pesadilla. En su servicio como párroco, obispo y arzobispo navegó sin descanso a contracorriente, empeñado en que bajo la carencia de libertad, sus fieles saliesen al encuentro de quien nunca engaña.

El peso de un sí

Me conmueve repasar las horas anteriores a la elección de Juan Pablo II como nuevo pontífice. La Iglesia vivía años de gran confusión: mucha gente estaba interpretando a su manera las directrices del Concilio, multiplicándose la infidelidad. Era preciso un aglutinante, alguien capaz de contagiar entusiasmo. El cardenal Wojtyla encontró fuerzas en aquel mismo Jesús que venía susurrándole al alma desde los años de juventud. Había desplegado en la Cracovia comunista tan asombrosa actividad, llenando de dignidad la vida de sus feligreses, que tembló al escuchar la decisión de aquel cónclave histórico que proclamaba, por primera vez en 455 años, a un Papa no italiano, pues su "sí acepto" significaba no regresar a casa. No le resultó fácil, pero le serenaba la confianza en Jesús y María, que no le iban a dejar solo. El tiempo lo ha demostrado: el viejo Papa resiste a un atentado mortal de necesidad, a incomprendimientos dentro y fuera de la Iglesia, al cansancio acumulado de veinticinco años de viajes, encuentros, sínodos, documentos y encíclicas, a los achaques de una mala salud de hierro y a un mundo que no se atreve a mirar a Jesús para preguntarle: "qué quieres de mí". Sin embargo, en recompensa a su fidelidad su pontificado es una de las etapas más brillantes en la larguísima historia de la Iglesia, con una dimensión que multiplicará el paso del tiempo.

Cientos de ejemplos donde elegir

Juan Pablo II está convencido de que el aporte principal del Concilio es la invitación universal a la santidad, que se traduce en que cada cristiano ha nacido con la misión de alcanzar el cielo. Pero la santidad no es posible sin un encuentro personal con Jesús, tal y como él experimentó de adolescente. Cristo es el primer interesado en pronunciar nuestro nombre para sacarnos del anonimato, como hizo con sus primeros discípulos. El Papa está convencido de que no somos parte de una estadística, un capricho del destino o sujetos de una vida anodina. Al cristiano le aguarda una aventura apasionante, pues las dificultades que experimentamos durante nuestra existencia no tienen la última palabra: después nos aguarda una felicidad sin límites.

Convencido de que el mundo necesita testigos, durante estos veinticinco años ha elevado a los altares a más beatos y santos que todos sus predecesores juntos. Ahora disponemos del ejemplo de cientos de laicos, religiosos y sacerdotes como guías del amor a Dios y del servicio a los demás.

Es una experiencia generalizada la de los fieles que escuchan al Papa: a pesar de las multitudes que rodean sus encuentros, cada uno tiene la sensación de que Juan Pablo II le habla al oído. Refiriéndose a cualquier asunto, repite la idea de que todos tenemos vocación, un imperativo divino de salir al encuentro de Cristo.

Vocación al sacerdocio y a la vida religiosa

A los poderosos les intriga este anciano capaz, a pesar de sus limitaciones físicas y de su mensaje aparentemente fuera de tiempo, de convocar a millones de jóvenes en cualquier rincón de la tierra. En Buenos Aires, Santiago de Compostela, Chestocova, Denver, Manila, París, Roma y Toronto ha reunido a millones de chicos y chicas prestos a escuchar una invitación a una vida exigente. Me pregunto cuántos habrán comenzado una relación más intensa con Dios en las Jornadas Mundiales de la Juventud... En todas ellas, el Papa ha hablado de la vocación a la vida religiosa y de la vocación al sacerdocio, convencido de que la juventud es la etapa en la que Jesús apela a una entrega radical a la oración y al servicio. A la aparente renuncia a los disfrutes de la vida, Cristo responde con una generosidad sin tacha. Me lo confiaba un sacerdote ordenado durante este pontificado: "El paso da miedo, sin duda, pero descubres que en tu sí, en tu fidelidad, está la felicidad, una felicidad que no es comparable a nada en el mundo".

El Papa remacha que el lenguaje de Cristo es universal. Por ese motivo, sus brazos cansados se han hecho especialmente acogedores para recibir a quienes profesan otras creencias, así como a los hombres y mujeres -tan abundantes en nuestro tiempo- que desconocen la misericordia de Dios.

#### Santidad de la vida corriente

La llamada universal a la santidad -al encuentro personal con Dios- define de principio a fin cada uno de los gestos de este papado, que ha sacralizado al hombre. No somos piezas de un puzzle, no somos prescindibles. Por esta razón, Juan Pablo II insiste en la dignidad del ser humano, a pesar de las corrientes de pensamiento que trivializan el principio y el final de la vida. Y porque somos irrepetibles, un proyecto individualizado de Dios, todo lo que acontece al hombre puede ser motivo de santidad. La antropología del Papa ha reconocido el papel singular de la mujer en la historia de la salvación, del mismo modo que para el Papa la familia -y no el templo- es el lugar del primer encuentro con Cristo.

Juan Pablo II, que celebra tantos actos al aire libre, muchos de ellos en los lugares más pintorescos del planeta, nos enseña que el mundo es el escenario de nuestra representación teatral -metáfora que tanto le gusta-. Las relaciones humanas, por tanto, el amor, el estudio, el trabajo y el ocio son las escenas en las que cada uno tiene que descubrir la voluntad de Jesús.

Me conmueve la catequesis del Papa sobre la vida cotidiana. Ha hablado a los artistas, al mundo del deporte, a los educadores, a los médicos..., a todo hombre y mujer. El amor humano, asunto al que ha dedicado algunos de sus más bellos discursos, también es auténtica vocación: don y misterio. El fruto del amor, los hijos, es signo de la complacencia de Dios, y la familia, verdadera célula de la Iglesia. Por eso los laicos no podemos renunciar a nuestro protagonismo. Juan Pablo II nos anima a llevar a Dios todas las actividades nobles.

El Papa nos dice que Jesús se esconde entre los libros de universidad, en las agotadoras jornadas de campo, en los negocios, en las vacaciones y hasta en la enfermedad. Cualquier momento y circunstancia es propicio para encontrarle. La vocación enriquece nuestra vida con una dimensión insospechada que nos carga de optimismo. Dios nos invita, junto con el Papa, a poner en práctica la justicia social de Cristo, a crear entre todos un mundo mejor. Para el cristiano no es una utopía irrealizable, sino un milagro de amor.